

# Viéndolos desfilar



Vimos desfilar por la calle de Alcalá de la villa y corte a la fuerza de Regulares que iba al Retiro a que le entregasen la bandera, bendecida, aunque no por ello bendita; la bandera que no es de su patria, si es que tienen patria los mercenarios. Era un espectáculo pintoresco y algún tanto exótico. La gente los miraba pasar con curiosidad. Los miraban pasar los que habían votado por el acabamiento del espectáculo de la guerra de Marruecos.

Luego vimos otro desfile igualmente teatral y también algún tanto exótico. Aquel penacho que flotaba al viento sobre el casco que cubría su cabeza no era el penacho del Bearnés. Sonaba algún que otro aplauso aislado, por lo general de algún chiquillo, y caía sin eco en un silencio agorero. La película distraía a la gente por un momento. Porque todo ello era pelicular.

En el Retiro no entramos. La entrada era por invitación y no la buscamos.

Todas estas ceremonias resultan, en el fondo, tristes, profundamente tristes. No hay nada más triste que una liturgia de una fe muerta. Ni época más triste que aquella en que se prodigan y menudean semejantes ceremonias. Que siempre cobran un carácter fúnebre. Porque hasta un bautizo puede convertirse en ceremonia fúnebre. Y mucho más una bendición.

No se les hizo asistir a la misa a los mahometanos. Menos mal. Sabemos de algún español que no es católico al que se le quiso obligar a confesar y comulgar como un acto de servicio, por disciplina castrense.

Viendo desfilar a aquellos moros, a aquellos hijos de Mahoma, y viéndolos al día siguiente, el lunes, hacer guardia en Palacio, nos acordábamos de los llamados cien mil hijos de San Luis, de los soldados mercenarios que el duque de Angulema trajo hace un siglo para que repusieran el absolutismo de Fernando VII. Porque ¡es acaso esa campaña de Marruecos, con sus Regulares y su Tercio, y los proyectados

voluntarios, es decir, mercenarios, otra cosa que un intento de volver al absolutismo, de poner la voluntad del reino sobre la voluntad de la nación?

Y en tanto, se oye decir a los dinásticos: «Eso de Marruecos es un callejón sin salida.» Para ellos, sí.

Y toda la tragedia del Gobierno, yunta de bueyes—¡y tan bueyes!—a que arrastra cuesta abajo el carro, es que están esperando que les dé la salida lo imprevisto. Están escogitando cómo justificar el abandono de la campaña. O sea la abdicación, la verdadera abdicación.

De aquí esa no política de expectativa y de ficciones y de abstenciones que ha ocasionado el que haya salido del Ministerio el señor Alcalá Zamora, el consecuente germanófilo. Y decimos esto, porque el giro que se le dió a eso del protectorado obedecía a la política internacional germanófila—la de la neutralidad neutral—y no a otra cosa. La conquista de Alhucemas no era más que el paso para ir a «proteger» Tánger. Y todo ello la razón de ser histórica de esta dinastía borbónico-habsburgiana, más habsburgiana que borbónica, ya que no quedaban fuera de España Borbones reinantes.

Una gran pesadumbre abrumba a los que sienten la dignidad de la patria. Hasta los más convencidos de la necesidad y de la justicia del abandono de la empresa protectora de Marruecos sienten el bochorno a que el reino ha traído a la nación. Y es, en el fondo, que todos nos sentimos responsables, quien más, quien menos, de haber soportado que se suplantase la voluntad nacional. Hay quien se dice: «Ya es tarde para pro-

testar... ¿Nos dejamos embarcar?... ¡Ya no hay remedio!»

Repetimos que es mejor que la santiagada hubiese salido mal. Si aquella jugada resulta, estaríamos metidos en el juego de una manera aún peor. Hay supuestas victorias mucho más dañosas para la libertad de un pueblo que las supuestas derrotas.

Vimos desfilar a los moros por las calles de Madrid en un día radiante de primavera; pero bajo la desnuda tristeza de un invierno espiritual. El toque de sus clarines, al pasar frente al ministerio de Hacienda, sonaba a marcha fúnebre.

Miguel DE UNAMUNO

